SIEMPRE SALEN DECIMALES

- Y éste que ven ustedes aquí a la derecha, *on the right*, es el Marqués de Butragueño, Valido del Rey para asuntos deportivos, antepasado remoto del jugador de fútbol, *football player*, que todos ustedes conocen, *that all of you know*.

Yo ya sabía que los muchos litros de sangría de la noche anterior habían calafateado sus cerebros, y aprovechaba para saltarme un poco la rutina que representaba explicar un día tras otro (y ya llevaba casi dos meses haciéndolo) que si las meninas, que si el espejo, que si Felipe IV. No necesité mucho tiempo para darme cuenta que *the-day-after-tablao* los reflejos de los turistas, ya de por sí menguados (si no, ¿cómo explicar esos pantalones cortos, esas camisetas? ¿Cómo explicar que Madrid y alrededores en cinco días, con corrida de toros, baile flamenco y excursiones adicionales?), se declaraban en servicios mínimos, y bastante esfuerzo era conseguir que no se quedaran dormidos en los bancos de El Prado, o que no se me pusieran a vomitar en el autobús. Arenal de Sevilla y olé, les gritaba a aquellos que se rezagaban, arrastrando los pies por entre zurbaranes y riberas.

- *No! No more* Torre del Oro*, please!*, suplicaban, al tiempo en que se agarraban fuertemente las cabezas, como si se les fueran a caer.

No es que me quejara, al contrario. Aquel contrato por tres meses como guía turístico era un convenio de por vida si lo comparamos con mis anteriores trabajos, que más que eventuales, se les podía calificar como efímeros. Además, desde que había acabado la carrera de Historia, cuatro años antes, aquélla era la primera oportunidad que tenía (muy colateral, también es verdad) de demostrar que se podía vivir de mis conocimientos, aunque lo que precede pueda dar a entender que mi concepto de rigor histórico deja mucho que desear. O, por decirlo de otra forma, está supeditado a lo que

podríamos llamar *mi sentido lúdico de la existencia*. Pero, ¿qué podía importarles a aquella remesa de jubilados de Birmingham la iconografía de la pintura española del Siglo de Oro? Ellos habían venido a Madrid probablemente porque ya conocían Benidorm, y un difuso sentido patriótico me impedía atiborrarles con unos áridos datos pictóricos con los que abominarían de sus vacaciones, lo que no iba a contribuir, precisamente, a que nos devolvieran algún día Gibraltar.

- Y ahora, *and now*, es tiempo de reponer energías degustando una suculenta paella valenciana, *a very rich valencian paella*.

Para la tarde estaba prevista la inevitable corrida de toros, y si no me comían algo pronto, y en abundancia, la seguridad social británica iba a ahorrarse una considerable cantidad de libras. Así que los hice trepar, mal que bien, al autobús, y entonando *Que viva España* por enésima vez, nos dirigimos a un chiringuito de la calle Espoz y Mina, donde teníamos concertado el almuerzo. El contrato lo decía bien claro: yo tenía que pasar el mayor tiempo posible junto a mi, dijéramos, rebaño, y esa razón, y no otra, era la que me enfrentaba cada jueves a aquel infecto arroz amarillo, cuya clasificación como paella se debía, sin duda, a un criterio taxonómico tan laxo como el que había agregado el calificativo de *lujo* a los hoteles en los que dormíamos.

- ¿Estamos todos? *Are we all of us?* ¡A comer! *Let's ñam-ñam!*

Según unas normas no escritas que se encargó de transmitirme mi antecesor, un licenciado en farmacia que había encontrado algo mejor trabajando como cajero nocturno en una gasolinera, el segundo día, tras la noche flamenca, era cuando ya se podía proceder al análisis de la estructura del grupo. Su preparación científica le había demostrado que, si bien, y como es lógico, los componentes variaban, era asombrosa la fidelidad con que se mantenían ciertos porcentajes de lo que él llamaba, con suficiencia, *grupos integradores*.

- Mira, llevo tres veranos en esto, y que me corten la cabeza si, en los cerca de treinta grupos que he conocido, alguna vez han variado significativamente.

Su trabajo de campo (siempre hablaba así, era como esos malos de las películas de espías que tienen pistolas de isótopos, o rayos microdesintegradores) le había llevado a establecer, en uno (o dos, en el peor de los casos), la cantidad de *listillos* que un grupo es capaz de producir.

- Ríe sus gracias, hazle sentir como si fuera un cabecilla, hasta que se ponga demasiado impertinente. Entonces, dale un buen corte delante de todos, algo verdaderamente humillante. No volverá a abrir el pico.

Un quince por ciento eran los que se apuntaban a las excursiones opcionales sin informarse siquiera de lo que iban a ver. Además, compraban todo sin rechistar, llevando siempre algo para las respectivas suegras, un abanico por lo general. Un veinte por ciento se quejaba constantemente de la comida, del calor y de lo mal que les entendían los españoles, y acababan inevitablemente pidiendo una hoja de reclamaciones que muy raramente rellenaban. De un quince a un veinte por ciento, y en el margen influye notablemente si en el grupo hay escoceses (frase que, cuando la oí, me dejo intrigadísimo, y cuyo sentido aún no he acertado a desentrañar), no admitirá nunca en público que le gusta lo que está viendo o comiendo, pero luego acudirán secretamente a ti para confesarte que, al año próximo, están deseando volver, y que les recomiendes otra ciudad del país. El excipiente (su formación farmacéutica le traicionaba) son esos matrimonios anodinos a los que, para no liarte, puedes llamar perfectamente *Mr. and Mrs. Jones* (la mayoría se apellidan así, pero si se llaman de otra forma no se atreverán a rectificarte) y que, por lo general, no se dirigen la palabra en todo el viaje.

- Ah, y esto es tan matemático como la manzana que cae, en todos los grupos hay uno que viaja solo y no habla con nadie. Cuidado con él, pues son los que dan problemas.

Las Leyes de Quintana (así le gustaba denominarlas, ya he dicho que era un pelín presuntuoso) se habían cumplido escrupulosamente desde que yo había empezado a trabajar, y aquel grupo no iba a ser una excepción. Teníamos nuestro graciosillo particular, un tipo grueso y de rostro brutal al que todos llamaban Bernie, y que había gesticulado delante de la *Maja Desnuda* en la forma supuestamente obscena que empleaban todos los graciosillos que, hasta entonces, yo había soportado. Allá al fondo, en la última mesa, se significaban los que despreciaban la comida local, y se hacían traer, y no nos importa pagarlo aparte, se ufanaban, algo que tuviera que ver aunque fuera remotamente, con esa entelequia que se llama gastronomía británica. Entreverados con el resto, la mayoría silenciosa se las ingeniaba, con escasa fortuna, para despojar al estrambótico marisco que sustituía a las cigalas de su capa de ácido bórico. Y frente a mí, digno como un gentleman de postal, con sus pantalones largos muy planchados y el pañuelito haciendo juego con el polo, estaba *Mister Lonelyheart*, el desparejado del grupo.

- Duro con esos mejillones, Jimmy, que ya son tuyos.

Hasta la fecha, solo dos incidentes habían alterado algo mi trabajo, y ambos habían sido protagonizados por los solitarios que tan bien describiera Quintana (¿o debería decir Quintana, Manuel, *Teoría sobre la composición de los conjuntos vacacionales británicos*, Editorial Tecnos, Madrid, 2008?). Uno de ellos había armado una de mil demonios porque creía que el resto del grupo le ignoraba y se burlaba de él, cosa tan cierta como que el cielo es azul, y no sin trabajo tuvimos que organizarle una fiesta de cumpleaños en la que no solo no se reconcilió con sus compañeros de viaje,

sino que estuvieron a punto de acabar a trompadas. El otro se había encerrado en su habitación amenazando suicidarse, y tuve que saltar por el balcón y quitarle de la mano el frasco de medicinas que enarbolaba, y en el que, en realidad, apenas quedaban tres pastillas contra la diarrea.

Desde entonces, yo procuraba, en la medida en que me fuera posible, no dejarles solos, sentarme a su lado a la hora de las comidas, y hacer pareja con ellos en los estúpidos juegos que tenía que desempolvar cuando algún imprevisto (un museo repentinamente cerrado, o un hotel demasiado puntilloso o negligente a la hora de permitir el acceso a las habitaciones) alteraba nuestro plan de ruta. Así que ya contaba con cierta experiencia cuando conocí a Jimmy, que era, de todos los solitarios que había visto hasta entonces, el que parecía menos necesitado de ayuda, a juzgar por la sonrisa placentera con que había aparecido el primer día, y que no había borrado de su cara ni por un minuto.

- Tres hurras por *El Niño de Birmingham*, que hay qué ver cómo me come.

El grupo saludo con entusiasmo la nueva proeza de Jimmy, que ya la noche anterior se había bebido sin rechistar una botella entera de manzanilla, a pesar de lo cual aguantó como un jabato, y tuvo la delicadeza de ayudar a la señora MacMillan a llevar a su cuarto a su marido, que había caído derrumbado a la segunda copita de fino y no podía ni caminar. Un sexto sentido me indicaba que el mucho tiempo que Jimmy había tardado en volver a la sala no había pasado desapercibido al resto del grupo, y en un porcentaje que no sabría establecer (de esto no me dijo nada mi predecesor), el rugido de entusiasmo que acogió mi comentario sobre Jimmy estaba ligeramente preñado de admiración y envidia.

- Bueno, *well*, ahora todos nos acabamos nuestro té, que los toreros nos están esperando, *the toreadores are waiting for us.*

Abandonar Madrid una tarde de agosto, con el buche lleno, en busca de uno de esos pueblos en fiestas donde siempre quedábamos bajo la amenaza de acabar en el pilón arrojados por los mozos más vehementes, no era un plan precisamente seductor. Mi sugerencia de *when in Rome do, as the Romans do* fue rechazada con un abucheo, y así se negaron a echarse una siesta que tan bien nos hubiera venido a todos, y se pusieron a cantar un himno del que únicamente entendí las estrofas más sangrientas, y por lo que deduje que el equipo de fútbol de Birmingham no se caracterizaba precisamente por la exquisitez en el toque.

- Bueno, *well*, ya estamos en la muy histórica villa de El Molar. Vamos todos juntos, *let's go all together*, y así no nos perdemos.

En nuestras estadísticas particulares también constaba que al menos cuatro o cinco personas se negaban siempre a ser partícipes en lo que a ellos se le aparecía como una salvajada propia de bárbaros, por lo que ya teníamos localizado, en cada pueblo al que íbamos, una taberna en la que aparcábamos a aquellos adalides de los derechos de los animales, y en la que los recogíamos, tres horas más tarde, razonablemente fermentados y más rubicundos que nunca. Esta vez fueron los Mortimer y los O'Callaghan, más la evanescente señora Spike, los que se negaron a entrar en la plaza.

- Señoras y señores, *ladies and gentlemen*, España no puede obligar a nadie a compartir sus rancias tradiciones, por lo que si alguno más de ustedes no quiere entrar, díganmelo ahora, *tell me now,* y podrán quedarse en este delicioso lugar, paladeando ese vino que quita el sentío, *that wine that takes you sense away*, mientras nosotros vamos a la plaza.

Mi interés disuasorio no obedecía tanto a un escrúpulo greenpeacista que yo distaba mucho de poseer, como al hecho de que la reventa de las entradas que no utilizábamos me proporcionaba unos ingresos nada despreciables, al tiempo en que

aleccionaba a mis huestes en el noble arte del regateo, con vistas a la programada visita al Rastro del último día.

- Todos sentaditos, *all sit down*. Primero saldrá el toro, y luego vendrá el torero. *First, the bull; after, the toreador*. Si tienen alguna duda, el torero es el del trapo.

No había ido nunca a una corrida hasta que entré en este trabajo. Me habían dado un folleto muy documentado para aprenderme lo que los muy pedantes llaman el arte de Cúchares, explicándome la diferencia entre los tercios y los avisos, la suerte de varas y un montón de términos absolutamente intraducibles, por lo que, en cada ocasión, yo me limitaba a improvisar lo primero que se me pasaba por la cabeza.

- ¡Miren! *Look at that!* Ese que salta ahora al ruedo, sin traje ni nada, y al que persigue la Guardia Civil, es un maletilla. *Little suitcase.*

Bernie, el gracioso del grupo, se puso a hacer el payaso, burlándose del picador, y el espectro del pilón, siempre latente, se irguió de nuevo sobre nosotros. Siguiendo la doctrina Quintana, creí llegado el momento de neutralizar a aquel elemento disturbante (en los momentos de ocio, que eran muchos, yo leía hilarantes novelas de espías o de detectives, cosas ligeras que podía retomar más tarde, y que luego me hacían hablar así).

- ¡Bernie! ¿Así que dices, *so you say,* que esto es una tontería y que tú mismo podrías torear, *even you can do it*?

El tipo hinchó el pecho, asintiendo. Decía que era un deporte de nenazas, no como el rugby. Yo me encogí de hombros.

- Bueno, pues si quieres hablo con el presidente de la corrida, el tío aquel de los pañuelos, *that man with the handkerchiefs*. Según el artículo 65.8 del reglamento, si un espectador cree hacerlo mejor que el torero, puede pedir un capote y salir a la plaza, *and go into the arena*.

Primero se rió, pero al ver el rictus de seriedad con el que le estaba hablando, se puso pálido como la cera y se sentó mascullando maldiciones. ¿Cómo había dicho antes? Ah, sí: Bernie estaba *neutralizado.*

- Dos orejas. *Two ears*. Buena faena, si señor. Señor y señora Collins, ¿qué les he dicho, *what have I said*, que tienen que gritar?

- *Oulééééé!*

Dominado el *affaire* Bernie, el grupo parecía ir como una seda. Y si nuestro solitario de turno seguía mostrándose tan apacible, de amable cháchara con Mrs. Collins, aquel presagiaba ser el más placentero de los viajes que hasta el momento hubiera tenido.

Volvimos a Madrid a última hora de la tarde, para cambiarnos en el hotel. Tras una ducha nos dirigimos a pie a una de esas tabernas que rodean la Plaza Mayor, y que custodian unos bandoleros de guardarropía que no tuvieron inconveniente en dejarse fotografiar junto con cada uno de los miembros del grupo. Tras atravesar un pasillo del que asomaban las inevitables cabezas de toro, llegamos a una especie de cueva de ladrillo adornada con cadenas y argollas, que bien poco iba a hacer por eliminar nuestro vínculo con la Inquisición.

- Empanada: *very good*. Lomo: *very good.* Queso manchego: *very good*.

Mi patriotismo gastronómico no tenía límites, aunque sí los tenía mi conocimiento sobre lo que nos estábamos comiendo.

- ¿Mojama? Bueno, *well*, creo que es carne de... de ciervo, eso es. *Bambi.*

Y ellos tan contentos. El vino iba haciendo su efecto, aunque lo que de verdad les embriagaba era la perspectiva de no tener que trabajar al día siguiente, de ser conscientes de lo que significaba estar de vacaciones, esa alegría irracional con la que celebrar un año entero pegado a una máquina, o a una furgoneta de reparto.

- Y ahora, *and now*, vamos a una verbena, fiesta típica madrileña, *typical party of Madrid.*

Aprovechamos la Virgen de la Paloma para llevarles a bailar el chotis junto al Viaducto, donde habían montado un chiringuito con bombillas de colores y música de organillo. Al llegar, se quedaron cinco minutos muy quietos, observándolo todo. Fue todo el tiempo que los McCallister, siempre los más lanzados, necesitaron para quedarse con los rudimentos del baile, del que hicieron una exhibición más que notable. El resto se les unió un poco más tarde, ante la guasa de chulapos y chulapas que les jaleaban con gritos que creí mejor no traducir.

- *Hey, Roubertou, what is* viva la madre que te parió, saleroso*?*

- *Spanish compliment. A wish of friendship between our countries.*

Es curiosa la forma en que se relacionan los nativos con los extranjeros, sean quien sean. Por mucho que se hable de xenofobia, ni en mis viajes por el extranjero, ni en mi más reciente trabajo yo la había apreciado, y sí una curiosidad inmensa por ver cómo los otros gestionan ese asunto que se llama vida. Y muy cerril tienes que ser para no darte cuenta de que, por decirlo claro, en todas partes cuecen habas. O, por lo menos, eso entendí yo cuando vi cómo Jimmy, nuestro amigo solitario, estrechaba el cerco en torno a Mrs. Boscombe, aprovechando que su marido, junto a dos o tres hombres más, se habían acodado en la barra, donde despachaban litro tras litro de sangría.

No saquemos conclusiones equivocadas. No soy un puritano, y desde que empecé este trabajo ya había visto lo suficiente como para no escandalizarme de nada. Pero (ya que me gusta tanto hablar de estadísticas y porcentajes) Jimmy no encajaba ni por aproximación en el perfil de Casanova que yo había visto hasta entonces. Su sonrisa era demasiado cándida. Y no escondía nunca las manos, cosa que siempre he visto hacer a los que tienen algo que ocultar. Quizá fuesen imaginaciones mías, y simplemente

estaba dando un poco de charla a una mujer cuyo marido parecía haberla olvidado. Me sacudí aquellos pensamientos de un cabezazo, y brindé con los Stewart, que, a mi lado, se bebían la sangría con la misma dignidad que hubieran empleado para degustar el más exquisito té de Ceilán.

- Venga, *come on*, Salud, *cheers*.

Sí, mucho que si son imaginaciones, que si este trabajo me está agotando, pero cuando volví a mirar, los asientos de Jimmy y Mrs. Boscombe estaban atronadoramente vacíos.

- *Mrs. and Mr. Stewart, excuse me, I'll be back in a minute.*

Con todo el disimulo del que fui capaz me dirigí al rincón donde habían estado sentados, y desde allí distinguí, entre los árboles, cómo ambos se besaban. Aquello no era responsabilidad mía, eso era evidente, pero no pude evitar un vistazo nervioso hacia la barra. Me tranquilizó ver que Mr. Boscombe, enfrascado en su habitual discusión sobre fútbol, era incapaz de fijarse en nada que estuviera más allá de su jarra de sangría. El resto del grupo bailaba desmañadamente, o ya se había ido al cercano hotel. De todos modos, no pude evitar un suspiro de alivio cuando vi que la pareja abandonaba los árboles y volvía junto al resto del grupo. Ella sonrió al llegar a mi lado.

- *Lovely night, isn't it?*

Asentí con un golpe de flequillo. Y poco me sorprendió cuando dijo a su marido que volvía al hotel, que tenía un horrible dolor de cabeza, y que no se preocupara, que ya lo acompañaba Jimmy.

- *You don't mind, do you?*

Mr. Boscombe apenas levantó la vista de la jarra de sangría, haz lo que te parezca, respondió, yo me quedo aquí con John y Arthur, estoy harto de pasar calor en el hotel. Mrs. Boscombe dijo buenas noches a todo el mundo, y se fue con Jimmy, cuyos

ojos claros pasaron sobre mí apenas un momento, y creí que me estaba dando una explicación que, desde luego, yo no le había pedido.

Pues para que se diga: al día siguiente el único que bajó a desayunar a su hora fue Jimmy, más bonito que un San Luis y con esa mueca de satisfacción en la cara que todos suponemos a los que sabemos que han pasado una nochecita como la que Jimmy había pasado.

- *I love Madrid, young fellow.*

Ya lo imagino, pillastre, tuve que pensar, no me dio otra opción. Se me hacía extraño verle comer a mi lado con tanta pulcritud, de todos los Romeos de la tercera edad que yo había conocido hasta entonces Jimmy era el más improbable, no me hubiera sorprendido verlo aparecer alguna mañana con un alzacuello bajo la sotabarba. Es comprensible, pues, mi estupefacción cuando, alzando apenas los labios de su segunda taza de té, me adelantó que esta noche se lo haría con Mrs. Hazelcourt, que le encantaba la forma en que palmoteaba cuando le gustaba algo.

- *Would you bet some euros? Fifty?*

En ese justo momento llegaron Mr. y Mrs. Caldwell, y les tuve que mentir, no, no me pasa nada, yo siempre tengo cara de alelado, cómo les iba a explicar que aquel anciano pulcro que sonreía junto a mí, con su pelo blanco perfectamente peinado y la pajarita mejor anudada de todo Birmingham acababa de apostar conmigo cincuenta euros a que se tiraba esta noche a Mrs. Hazelcourt. Porque, a juzgar por cómo me miraba, para él quedaba claro que yo había aceptado.

Nunca, desde que acepté el trabajo de acarrear turistas por Madrid y sus alrededores, había deseado con tanta intensidad que acabara la jornada de trabajo y nos dirigiésemos al hotel. Así, aceleré hasta el límite de lo físicamente soportable la visita al Museo Reina Sofía (bueno, en realidad, solo vimos el *Guernica*, el resto es arte de ese

raro que no os va a gustar, nadie se atrevió a discutir afirmación tan lapidaria), y el Palacio de Oriente fue despachado con tres carreras, lo suficiente como para decir que era como el de Buckingham, pero sin cambio de guardia ni zarandajas por el estilo.

¿Cómo va a hacerlo esta vez?, no paraba de darle vueltas en mi cabeza, teníamos prevista una velada cultural, con visita nocturna a una exposición pictórica en el Museo Thyssen, y no se me hacía el ecosistema más favorable para la depredación, no parecía fácil emborrachar al muy picajoso Mr. Hazelcourt, el único de toda la expedición que había pedido la hoja de reclamaciones (le exasperaban los retrasos) y la había rellenado con una meticulosidad y rigor que se me antojaban poco compatibles con la profesión que había confesado en el turno de presentaciones, yo soy fabricante de caretas infantiles, ya saben, para carnavales, cumpleaños, etc. Quizás esté imaginándome cosas que no ocurrieron, pero ahora creo recordar que Jimmy hizo un gesto de sorna al oír aquello.

- *...Twenty-three, and twenty-five. OK! We are all. Let´s go to the Museum.*

La luz fría de los pasillos, los adustos guardianes, los cuadros de colores desasosegantes, en toda mi vida había encontrado un lugar menos propicio para el cortejo. Y Mr. Hazelcourt, quizás un poco sobre aviso tras las dos noches anteriores, no se separaba de su mujer, que consultaba con aburrimiento el catálogo de la exposición, ajena al juego de estrategias que se estaba anudando en torno a ella. Jimmy, impasible, cerraba el grupo, como si la cosa no fuera con él, hasta se permitía acercarse al más raro de los cuadros, escrutarlo con benevolencia y soltar algún comentario que provocó la carcajada general, especialmente estruendosa en el caso de Mrs. Hazelcourt. Jimmy, viejo zorro.

El resto fue asombroso. Aprovechando la explicación del guía, Jimmy se las apañó para situarse junto a su presa, fuera del alcance del corro que ahora se

arremolinaba en torno al enésimo “Sin título”, y el zumbido de sus susurros apenas escondía las risas y los galanteos que rebotaban de uno a otro. Cuando, a la salida del Museo, alguien propuso ir a dar una vuelta fuera de programa, Mrs. Hazelcourt solo tuvo que recordar a su marido la palabra “artritis” para que éste volviera grupas al hotel, con la facción más ovejuna de nuestra pequeña familia, entre la que, naturalmente, no se encontraba Jimmy. Se había montado el primero en un taxi, con Mrs Hazelcourt (¿con quién si no?), y antes de cerrar la puerta me había preguntado, sin sarcasmo aparente, si yo no tenía algo que le pertenecía. Le di el billete y me volví al hotel, no sé si molesto, fascinado seguro.

Al día siguiente los veinticinco corderos que me habían sido confiados habrían de embarcar hacia su Birmingham no sé si natal o de adopción, pero el caso en que estaban a la hora prevista, correctamente peinados y vestidos, en la recepción del hotel. Era ese momento de confusión en que las maletas tienden a escoger raros senderos por los que perderse, costumbre que me ponía muy nervioso cuando yo viajaba en solitario, pues imagínense ahora, con todo aquel batallón a mi cargo. Afortunadamente los hados parecían serme propicios, pues no solo no se perdió nada del equipaje (ni siquiera ese neceser que las damas un poco mayores suelen olvidarse tras sus agotadoras sesiones de toilette), sino que incluso Mr. Hazelcourt ignoraba totalmente los hechos de la noche anterior (no me cabía ninguna duda de que habían tenido lugar), por lo que se diluía una posible escena de celos y expiación en pleno aeropuerto, hipótesis que me rondó en algún momento del sueño.

Fue al llegar a Barajas, en ese momento un poco tonto que hay desde que se facturan las maletas (cuando se hace demasiado pronto, como había sido nuestro caso) hasta que se empiezan a intercambiar las direcciones, en que aproveché la confusión para acercarme a Jimmy, que leía despreocupadamente un tabloide en el que, con letras

de diez centímetros de alto, se revelaba que una cantante tomaba drogas antes de salir al escenario.

- *Hello, young fellow. You know, I´m gonna miss you...*

El tipo parecía sincero, por lo que le respondí que yo a él también, y era verdad. No pensaba ser tan directo, normalmente no lo soy, pero el tiempo apremiaba, y, no creo que pase nada por reconocerlo, yo estaba muy intrigado.

- Dime, Jimmy, cuál es tu secreto con las mujeres.

Me miró como si esperara la pregunta. Aún así, tardó unos segundos en hablar, aunque lo que dijo no pareció elaborado, es como si se planteara por primera vez la cuestión, hasta carraspeó antes de confesarlo, pues nada, hace un par de meses me diagnosticaron una enfermedad de esas tan feas, por lo que decidí gastarme lo que no me quita mi ex-mujer y venirme a unas vacaciones como estas, antes de volver a casa para pegarme un tiro, creemé, cuando eres consciente de eso ninguna mujer se te resiste.

Jimmy. Cachondo. No sé si lo pensé o se lo dije.

Fue una lástima que en ese momento anunciaran el embarque inmediato para el vuelo de British Airways 2348 con destino Birmingham, puerta 3. Las señoras Brown y Tackery se abalanzaron sobre mí, me llenaron las mejillas de saliva y prometieron que nunca me olvidarían, al tiempo que Bernie parecía ignorar nuestras diferencias masacrándome los nudillos. Jimmy se limitó a llevarse el índice a su gorrita de golf, antes de sacar el pasaporte y entregárselo a un Guardia Civil que no pareció detectar nada en la cara de aquel sujeto anodino, no pareció detectar si era un suicida en potencia o un redomado embustero.

Apenas quince días después de aquello me cancelaron el contrato en la agencia de viajes, y tuve que vender enciclopedias de puerta en puerta durante dos meses para no sumergirme en el estado de quiebra financiera en el que parecían haber caído mis dos

compañeros de piso, parados de larga duración a los que las chapuzas y los apaños habían dotado de una insociabilidad y descuido en los que yo no quería enfangarme. Pero por fin un día se acabó también lo de las enciclopedias, y como la mente humana es muy rara, el primer día libre que tuve (de los muchos que habrían de venir) lo empleé en ir a la agencia de viajes. Aún trabajaban allí dos o tres personas de mi época, y a Joaquín, con el que más confianza tenía, se lo pregunté.

- ¿Vosotros sabéis algo de los turistas que vienes aquí? Quiero decir, ¿se les manda una felicitación por navidades, o folletos con ofertas especiales, o algo así?

Joaquín no apartó la vista de lo que estaba haciendo, una suma larguísima de cifras escritas a mano, y que parecía haber repetido dos o tres veces, cada una de ellas con un resultado distinto. La calculadora, otra vez estropeada ¿verdad?, tampoco fue mejor acogida mi segunda observación. Al acabar de sumar (la cifra era de novecientas noventa y siete con cuarenta céntimos, creo que a Joaquín le hubiera gustado más mil justas) suspiró hondo y me dijo que para qué quería yo saber si los viejecitos de este verano vivían aquí o allá, si estaban vivos o muertos, si volverían a España o no, que qué más me daba, y pegó un manotazo en la mesa, hay que joderse, que siempre me tienen que salir decimales, y luego una blasfemia. Era verdad que al exponerlo así tenía razón, todo es más complicado de lo que parece, y qué más me daba a mí saber lo que hubiera sido de Jimmy, aquel viejecito tan encantador.